

# «En el nombre del padre»: El tiempo y la palabra en la obra de Francisca Aguirre

*José Luis Ferris*  
Universidad Miguel Hernández

**Resumen:** El presente ensayo efectúa un recorrido por la obra literaria de Francisca Aguirre y el reconocimiento progresivo de su figura por parte de la crítica y del público lector. Se comentan aquí textos de varios de sus poemarios y se detallan elementos biográficos que contribuyeron a formar el universo poético de la autora.

**Palabras clave:** Francisca Aguirre - Lorenzo Aguirre - Guerra Civil - poesía.

La suerte –y nunca mejor dicho– me permitió conocer a Francisca Aguirre en un momento claro de mi vida y también formar parte de dos de los jurados que supieron poner las cosas en su sitio y aplicar, esta vez sí, verdadera justicia poética. El Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández, que presidí por aquellas fechas, en 2010 distinguió entre más de seiscientos poemarios una obra titulada *Historia de una anatomía*; ocho años después, el Premio Nacional de las Letras 2018, al que acudí con la ciega ilusión de que la candidatura de Paca Aguirre era, sin duda, la más sólida y la mejor argumentada de cuantas se presentaban, le concedió uno de los mayores galardones de la Literatura Española.

He de confesar que, antes de conocer a Francisca Aguirre, antes de leer su luminosa poesía, descubrí la figura de su padre y hasta me atreví a publicar una breve biografía de su perfil humano y artístico en el catálogo de una exposición que se inauguró en el Palacio Gravina de Alicante, el actual MUBAG, el 29 de abril de 2003. Después de largos esfuerzos, y por primera vez desde la muerte del pintor, la capital levantina acogía una de esas exposiciones –80 obras en total– que se pueden calificar de necesarias y que, por imperativos ideológicos y mezquinos, se había demorado más de seis décadas.

Tres años antes de aquella muestra, exactamente en junio de 2000, dediqué una de mis columnas del diario *El País* a la deliciosa experiencia de haber descubierto la pintura de Lorenzo Aguirre en una galería madrileña, así como ciertos detalles de la vida del artista que sus propias hijas, Paca y Susi, me relataron aquellos días con verdadera emoción. Ellas me aproximaron a las sombrías razones que hicieron de su padre –uno de los artistas con mayor genio creativo de su tiempo– un absoluto olvidado. Y estas no podían ser más viles que la pura venganza. No en vano, Aguirre

pagó muy cara su militancia comunista y el hecho preciso de ser Jefe Superior de Policía los últimos años de la República. De nada sirvió su talla artística, el talento que le llegó a situarse entre los más destacados pintores de la época, junto a Vázquez Díaz o Gutiérrez Solana. Todo su mundo se vino abajo el 6 de octubre de 1942 en la prisión madrileña de Porlier, cuando el garrote vil acabó con su vida para regocijo de aquellos miserables «justicieros» que vencieron (pero jamás convencieron) en aquella maldita guerra y que, no satisfecha con la desaparición física de Aguirre, urdieron la aniquilación también de su memoria, minimizando su obra hasta la sinrazón, sembrando el miedo entre lo suyos para aplacar su nombre, para abolir todo recuerdo posible. El poeta Félix Grande, esposo de Francisca Aguirre, dedicaba estos versos al suegro que nunca conoció en el poema “El desterrado del Espasa”:

...Va a amanecer, Lorenzo. Te van a ejecutar.  
 Menos mal que he llegado a tiempo.  
 He venido a traerte el medio siglo de viudez  
 y de coraje maternal que ejerció tu mujer  
 antes de irse contigo cansadita, orgullosa.  
 He venido a traerte en caudal a dos manos  
 Abrazos testarudos de las tres niñas de tus ojos.  
 He venido a traerte en mi bandeja genealógica  
 saludos de mi padre desde bajo su tumba.  
 He venido a traerte, firmada y rubricada,  
 la certidumbre nuestra sobre tu dignidad.  
 Y he venido a traerte aquesta pajarita de papel  
 para que en ella vuele la memoria de ti  
 por los biznietos de los nietos  
 hasta que sobre el aire quede escrito tu nombre:  
 «¡jaguirreaguirreaguirre...!»  
 Así, trino y Lorenzo a lo largo de España  
 ...Ya amanece, Lorenzo, amigo mío.  
 Ya vienen. Te tocan en el brazo. Caminas.  
 Ya asientas. Le sonríes con piedad al verdugo.  
 Soy un viejo. Dos ojos. Un grito. Una memoria.  
 He venido a pedirte la mano de tu hija (*Libro de familia* 2011).

Me he permitido esta introducción porque hay hechos, momentos, en la historia personal de cada uno de nosotros que probablemente fueron capaces de marcarnos toda una vida. La muerte de Lorenzo Aguirre sin duda lo fue y sin ella o sin el modo en que una niña llamada Francisca Aguirre la hizo suya y la transformó en luz, en lección moral, no se puede entender la obra que salió de su mano y de su alma; una obra que revela, no ya su amor por la literatura, su crecimiento y enriquecimiento personal, ético y estético gracias a ella, sino algo aún más radical y esencial: su propia salvación humana.

Tras la tragedia familiar, la literatura, la poesía, abrieron puertas y ventanas a la niña, a la adolescente, que pasó de la luz y la esperanza compartidas, de la dicha

auroral, paladeada, saboreada, a la desdicha y al espanto más tenebrosos, al despojamiento más inhumano y aniquilador; no solo el de los bienes materiales más elementales, sino, ante todo y sobre todo, el de la más honda raíz afectiva, la amparadora presencia paterna que aunaba los amores que han conformado después a la mujer y a la escritora: a la vida, al arte, a la libertad.

Las razones que el 13 de noviembre de 2018 convencieron al jurado del citado Premio Nacional de las Letras reunido en la sede del Ministerio de Cultura fueron expresadas del siguiente modo: «Consideramos que en la obra de la poeta alicantina Francisca Aguirre concurren suficientes méritos, valores literarios y relevante aportación como para aspirar al Premio Nacional de las Letras Españolas». A continuación, se fueron aportando detalles tanto biográficos como literarios: estamos ante una autora que pertenece, por fecha de nacimiento, a la generación del 50 (Jaime Gil de Biedma y José Ángel Valente nacen en 1929, Francisco Brines en 1932 y Claudio Rodríguez en 1934), aunque la tardía publicación de su primer poemario haya supuesto que su nombre se vea apartado de las antologías de su grupo y que solo hasta hace poco su reconocimiento como poeta haya crecido significativamente.

En las notas que recogía la prensa se insistió en que la poesía de Francisca Aguirre se revelaba como testigo del mundo en el que vivía la autora. Según Lorenzo Oliván, al igual que la de los grandes autores de la generación del medio siglo, su poesía respondía a la machadiana *palabra en el tiempo*:

No nos habla desde el nosotros panfletario de algunos poetas sociales, sino desde un yo complejo, indagador, que va construyendo su perfil ético. Su acento más peculiar es el de un desasosiego asombrado, en pugna, que no se entrega: el de un intimismo que escarba ciego en la vida, buscando refugios y luz en el vacío” (5).

Visto desde una perspectiva actual se puede afirmar que la voz de Francisca Aguirre, pese a su tardía aparición, se fue ganando un espacio propio dentro de su grupo poético. Su palabra supo ser palabra en el tiempo y, a la vez, aventura de indagación, introspección e iluminación del lado más sombrío de lo íntimo. Su poesía es y ha sido, en definitiva, palabra verdadera en la que suena y perdura aquella honda palpación del espíritu de la que hablaba Machado. En resumen, su producción en prosa y en verso podía recogerse en los siguientes libros:

(poesía)

*Itaca*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1972.

*Los trescientos escalones*, San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1977.

*La otra música*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1978.

*Ensayo General*, Ferrol, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, 1996.

*Pavana del desasosiego*, Madrid, Torremozas, 1999.

*Ensayo General. Poesía Completa 1966-2000*, Madrid, Calambur, 2000.

*Triste asombro*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2002.

*Memoria arrodillada*, Antología, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2002.

*La herida absurda*, Velilla de San Antonio (Madrid), Bartleby, 2006.

- Nanas para dormir desperdicios*, Madrid, Hiperión, 2007.  
*Historia de una anatomía*, Madrid, Hiperión, 2010.  
*Detrás de los espejos*, Selección de poemas. Getafe: Fundación Centro de Poesía José Hierro, 2011.  
*Conversaciones con mi animal de compañía*, Ediciones Rilke, 2012  
*Una larga dolencia*, 2017  
*Ensayo general*. Poesía reunida (1966-2017), Calambur, 2018.  
*Prenda de abrigo*, Antología, Valencia, Olé Libro, 2019.  
 (prosa)  
*Los maestros cantores*, Madrid: Calambur, 2011.  
*Que planche Rosa Luxemburgo*, Toledo: Caja Castilla La Mancha, D.L. 1995.  
*Espejito, espejito*, San Sebastián de los Reyes: Universidad Popular, 1995.

Hablando ya de su obra, recordamos que en 1966 y tras la lectura del poema de Kavafis “Los bárbaros”, Francisca quema tres carpetas que contenían todo cuanto había escrito hasta la fecha y empieza a escribir un nuevo libro de poemas que titula *Ítaca*, con el que obtendrá en 1971 el premio de poesía “Leopoldo Panero”. En 1977 recibe el premio “Ciudad de Irún”.

En *Ítaca*, Francisca Aguirre recurre al mito de Penélope y Ulises para expresar, con cierto alejamiento, el sentimiento de pérdida, de soledad, de aislamiento, de desamparo. Cuando la autora habla del oráculo está confirmando su escasa fe en el futuro; un poema como «La espera» es toda una manifestación en favor de la solidaridad:

Lo mejor que podemos hacer  
 es mirar con afecto a la consolación;  
 cuando se tiene miedo los consuelos no se desprecian.  
 Cualquiera se puede morir,  
 Pero morir a solas es más largo.

Y si el miedo sigue creciendo,  
 apoyar una espalda contra otra. Alivia.  
 Infunde cierta seguridad  
 mientras dura la espera, Telémaco, hijo mío (*Ensayo general* 46).

Nacía, asimismo, con *Ítaca* un yo poético, de claro tinte autobiográfico, que empezaba dejando testimonio de un tiempo cruel y desalmado —los años cuarenta—, que destruyó y silenció una infancia que bullía luminosa y feliz. La mujer, la escritora, confiesa en el poema «Paisajes de papel» la injusticia sufrida apenas recién llegada a la edad de la razón:

Aquella infancia fue más bien triste.  
 Ser niño en el cuarenta y dos parecía imposible.  
 \*                    \*                    \*  
 ¿Cómo rendir ahora un homenaje a aquellos días?

¿Cómo añorarlos sin desconfianza?  
 Se arrugaron, igual que los paisajes de papel,  
 Mientras crecíamos hacia este desconsuelo que hoy nos puebla (*Ensayo general* 53-54).

A partir de este primer poemario, que no deja de ser el origen y la fuente de toda su producción, Francisca Aguirre dedicará su obra a explorar las luces y las sombras de la existencia humana, zigzagueando en ese vivir-desvivirse que su trayectoria nos enseña y ahondando con su escritura en el humano debate, siempre presente, entre la pérdida y la esperanza, el desaliento y la solidaridad.

En 1977 sorprende a los lectores con *Los trescientos escalones*, libro que parte de un doble homenaje, a cuál más significativo en la producción de Aguirre: a César Vallejo y a Antonio Machado. Destaca especialmente el poema “Frontera”, donde la poeta juega con el posible y soñado encuentro con el autor de *Soledades* al pasar la frontera francesa camino del exilio:

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto,  
 que fui —que soy— la que se anticipó,  
 la que acudió a la cita antes de tiempo  
 y tuvo que esperar en la consigna  
 viendo pasar el equipaje de la vida  
 desde el banco neutral de la deshora.

Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto  
 —como todos sabéis— que nunca debí hacerlo,  
 que hubiera yo debido meditarlo antes,  
 tener un poco de paciencia y tino  
 y no ingresar en este tiempo loco  
 que cobra su alquiler en monedas de espanto.

Yo, que vengo pagando mi imprudencia,  
 que le debo a mi prisa mi miseria,  
 que hube de trocear mi corazón en mil pedazos  
 para pagar mi puesto en el desierto,  
 yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

Yo, que tanto me había anticipado,  
 no supe anticiparme un poco más  
 (al fin y al cabo, para pagar  
 en monedas de sangre y de desdicha  
 qué pueden importar algunos años).

Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco,  
 cometí el desafuero, oídlo,  
 de llegar tarde a la frontera.

Llegué con los ojos cegados de la infancia  
 y el corazón en blanco, sin historia.  
 Llegué (Señor, qué imperdonable)  
 con nueve años solamente.  
 Llegué, tal vez al mismo tiempo que él,  
 pero en distinto tiempo.  
 No lo supe.  
 (Oh tiempo miserable e injusto.)  
 Estuve allí —quizá lo vi—,  
 pero era tarde.

Yo era pequeña  
 y tenía sueño.  
 Don Antonio era viejo  
 y también tenía sueño.  
 (Señor, qué imperdonable:  
 haber nacido demasiado pronto  
 y haber llegado demasiado tarde.) (*Ensayo general* 116-117)

Hay en este libro un mayor espíritu de afirmación y, sobre todo, de esperanza, pese a que el dolor siempre vaya por dentro y el consuelo se busque en cualquier parte. En el poema «Testigo de excepción» es el mar quien adquiere el papel de alivio y consuelo en términos de una intensa belleza:

Un mar, un mar es lo que necesito.  
 Un mar y no otra cosa, no otra cosa.  
 Lo demás es pequeño, insuficiente, pobre.  
 Un mar, un mar es lo que necesito.  
 No una montaña, un río, un cielo.  
 No. Nada, nada,  
 únicamente un mar.

\* \* \*

Un mar, un mar del que ser cómplice.  
 Un mar al que contarle todo.  
 Un mar, creedme, necesito un mar,  
 un mar donde llorar a mares  
 y que nadie lo note (*Ensayo general* 122).

En su última parte —“La infancia continúa subiendo la escalera”— de *Los trescientos escalones*, la autora se centra más en esa niñez que se vio quebrada por la muerte de padre. “Cuando mataron a mi padre —escribe Paca Aguirre en su libro de prosas *Espejito, espejito* — / nos quedamos en esa zona de vacío / que va de la vida a la muerte / dentro de esa burbuja última que lanzan los ahogados”. Peo hay también en esa parte última una mirada vitalista y el recuerdo de un cuadro donde Lorenzo Aguirre pintó para su hija unas escaleras que ascendían a la vida; un padre y un recuerdo que

vertebrará el resto de su obra, desde *La otra música* (1978) a *Pavana del desasosiego* (1993-1998). De *La otra música* cabe recordar el poema “La lluvia”:

Alguna vez fui niña  
allá en tierras francesas.  
Alguna vez, mientras papá pintaba,  
yo contemplaba el bulevar  
con ojos asombrados:  
lo veía surgir de entre la lluvia  
y lo escuchaba gotear  
en los pinceles de mi padre.  
Iba creciendo la pintura calurosamente  
y otro calor se alzaba en mí  
como un alivio.  
Pensé: qué bien quiere papá,  
qué manera tan inocente de mirar:  
de nuevo está naciendo el bulevar,  
la lluvia, el mundo (*Ensayo general* 207).

En *Pavana del desasosiego* la poeta regresa a la infancia y al padre, a quien siempre recuerda con sus pinceles y cerca del mar, como en el exilio francés al que alude en el poema anterior. Los paralelismos son muchos, pero el grado de emoción que alcanza la composición «Hace tiempo» sitúan a la autora en el lugar que le corresponde en nuestra poesía:

Recuerdo que una vez, cuando era niña,  
me pareció que el mundo era un desierto.  
Los pájaros nos habían abandonado para siempre:  
las estrellas no tenían sentido,  
y el mar no estaba *ya* en su sitio,  
como si todo hubiera sido un sueño equivocado.  
Sé que una vez, cuando era niña,  
el mundo fue una tumba, un enorme agujero,  
un socavón que se tragó a la vida,  
un embudo por el que huyó el futuro.  
Es cierto que una vez, allá, en la infancia,  
oí el silencio como un grito de arena.  
Se callaron las almas, los ríos y mis sienas,  
se me calló la sangre, como si de improviso,  
sin entender por qué, me hubiesen apagado.  
Y el mundo ya no estaba, sólo quedaba yo:  
un asombro tan triste como la triste muerte,  
una extrañeza rara, húmeda, pegajosa.  
Y un odio lacerante, una rabia homicida

que, paciente, ascendía hasta el pecho,  
 llegaba hasta los dientes haciéndolos crujir.  
 Es verdad, fue hace tiempo, cuando todo empezaba,  
 cuando el mundo tenía la dimensión de un hombre,  
 y yo estaba segura de que un día mi padre volvería  
 y mientras él cantaba ante su caballete  
 se quedarían quietos los barcos en el puerto  
 y la luna saldría con su cara de nata.  
 Pero no volvió nunca.  
 Sólo quedan sus cuadros,  
 sus paisajes, sus barcas,  
 la luz mediterránea que había en sus pinceles  
 y una niña que espera en un muelle lejano  
 y una mujer que sabe que los muertos no mueren (*Ensayo general* 300-  
 301).

Solo con tres de los libros citados —*Ítaca*, *Los trescientos escalones* y *La otra música*— Francisca Aguirre asentó, en la década de los sesenta, un discurso poético sólido, íntimo, coherente y personal donde lo existencial conjuga con rigor y dulzura la dura realidad y las mágicas posibilidades de la literatura. El sentimiento y la emoción, como fenómenos universales, profesan su máximo respeto a la reflexión, al pensamiento lúcido y a la apoyatura intelectual y literaria. Como recuerda Emilio Miró, “El resultado es una acertada combinación de un universo personal, fabricado con la memoria y la emoción, y un universo colectivo constituido de diversos, pero siempre nobles, materiales conceptuales y estéticos.” (11)

Habrá que esperar a 1966 para encontrarnos de nuevo con su obra poética, en este caso con *Ensayo general*, primer volumen de su poesía completa con una primera parte que evoca el fondo mítico de *Ítaca*, su primer libro, y una segunda que nos regala una colección de sonetos por los que transcurre el recuerdo de Quevedo, Garcilaso... El poemario se oscila entre el sentimiento de lo que la vida tiene de pérdida y la necesidad de apostar, pese a todo, por ella:

No temo, ya lo sabes, amor mío,  
 enfrentar la desdicha cara a cara,  
 la dicha es cruel y casi siempre avara  
 y nos suele dejar en el vacío.

No te asombres si ves que me extravió:  
 el silencio me ha puesto el alma rara  
 y la voz, de no usarla, ya no es clara  
 y no sabe explicarse y tiene frío.

El silencio y el frío me derrotan,  
 no sé cómo vivir en este encierro  
 en el que nunca nadie sabe nada.

Se mueren las palabras, se me agotan  
y con triste paciencia las entierro  
mientras oigo llegar la madrugada (*Ensayo general* 116-117).

En el citado *Pavana del desasosiego* (1999) hallamos un repertorio de poemas que alcanza su sentido profundo a través del ritmo y de la atmósfera de las palabras, más que a través de sus significados. En *Los maestros cantores*, Paca Aguirre rinde homenaje a múltiples autores, todos ellos con el denominador común de haber cultivado una literatura profundamente humana: Manrique, Lope, Cervantes, Hölderlin, Emily Dickinson, Kafka, Rilke, Pessoa, Cernuda, Lorca, etc.

Con el libro *Triste asombro*, antología publicada por la institución Alfons el Magnànim en 2001 en su colección Pliegos del Magnánimo, la autora vuelve al territorio de la melancolía, de la ancha desazón, de una sucesión de recuerdos y de vacíos, de añoranzas, de angustia, de ausencias y de sueños. “Y más allá –matiza Emilio Miró–, adentrándose por los vericuetos de la metafísica, la extrañeza, la perturbación, ante una historia hecha de ‘ruido y furia, sin sentido’, sin explicación” (11); aunque es de esa perplejidad serena y desolada de donde mana también una voluntad de unión y de salvación, tanto personal como colectiva. Aguirre trata de poner un poco de luz allá donde la oscuridad se resiste.

*Historia de una anatomía*, de 2010, supone un amplio autorretrato a través del cuerpo humano. La misma autora confiesa en el poema “La columna vertebral”: “Si este fuese un libro confesional / yo diría que a mi vida le sobra vertebración. / Claro que pensándolo bien / no creo que el asunto tenga nada que ver con la columna. / Ni siquiera creo que dependa de la médula espinal. / Seguramente todo esto tiene que ver / con esa columna abstracta o tal vez / con esa médula espinal intangible / que todos llevamos dentro. / Así que dichos elementos / debido a su carácter eminentemente metafísico / están relacionados con esa otra abstracción / a la que venimos llamando moral. . . . Estoy tan vertebrada que tengo plena conciencia / de todas y cada una de mis vértebras. / Y a veces me recorre los huesos / una dulce nostalgia que me empuja a añorar / el blando mundo de los invertebrados” (*Historia de una anatomía* 36).

## Epílogo

Recorrer las obras de Francisca Aguirre y desentrañar significados nos lleva invariablemente a amarla un poco más, pero es que amar a alguien como Francisca Aguirre no tienen ningún mérito. Es un acto reflejo que se dispara a poco que leamos su obra y conozcamos su vida. No cabe otra opción. Pasen y lean:

Imaginen a una niña que nace en Alicante en 1930 y que, al poco de venir al mundo, ha de marchar con su familia a Valencia, y más tarde a Barcelona, donde le espera una Guerra Civil. Imaginen a esa misma niña cruzando la frontera en el 39 de la mano de su padre, camino del exilio a Francia, sus días en París y un tiempo en el puerto de Le Havre, esperando un barco que los lleve a América mientras la sombra acechante del nazismo cae sobre Europa. Imaginen que alguien cometió la ingenui-

dad de regresar a España –la España del hambre y la venganza–, y que la niña vivió con apenas doce años el encarcelamiento y el posterior asesinato de su padre en la prisión madrileña de Porlier; y con ello, el tortuoso peregrinaje (ella y sus hermanas) como hija de preso político por colegios y conventos de muy corta moral cristiana. Imaginen que en lugar de engendrar odio y resentimiento en las entrañas por una guerra y una muerte que marcaron para siempre su vida, la niña se refugiara en los libros y en la música, transformara su río de dolor en una lección de luz y de memoria viva:

Descubrir los libros –escribía Paca en 1995– ha sido uno de los pocos regalos que la vida me ha hecho. Para mí, *Alicia en el país de las maravillas* fue una maravilla en el país de las tinieblas. Con este libro aprendí a reírme del mundo hostil que me rodeaba (*Espejito...* 121).

Imaginen que esa niña tuvo grandes amigos, se casó con un poeta llamado Félix Grande y vio nacer a una hija a la que llamó Guadalupe. Publicó su primer libro en 1972 (*Ítaca*) y en él y en los que llegarían más tarde, puso voz al desasosiego, al desamparo, a la desolación, a la solidaridad, a la esperanza... Imaginen que su palabra, en carne viva y doliente, ante el despojamiento más inhumano, respondiera, pese a todo, con monedas de gratitud a la vida. Imaginen que esa misma palabra acabara siendo –como tanto admiró en su maestro don Antonio Machado– palabra en el tiempo, memoria de un país desmemoriado, salvación personal y colectiva, conciencia y claridad en medio del caos y la ignorancia.

Imaginen que esa niña se nos marchó hace cinco años, un día de abril, pero que lo hizo en silencio, como dicen que se van los que han amado mucho o, como señalaba Albert Camus, como esos que siempre están del lado de quienes padecen la historia, no con quienes la hacen.

Ahora imaginen, con los ojos cerrados, que ella, Francisca Aguirre, se ha marchado de verdad. Imaginen que sus pasos de niña han alcanzado, en una dulce carrera, los del padre que se fue y también los de Félix, su largo y tierno compañero, y su hija Guadalupe. Imagínenla entre los tres, con sus manos de hambre y de paz agarradas a la de ellos como una colegiala a la que han venido a recoger a la escuela y no puede contener la alegría. Imagínenla en la alta bondad de su alma.

#### OBRAS CITADAS

- Aguirre, Francisca. *Ensayo general. Poesía reunida (1966-2017)*. Calambur, 2018.  
 —. *Historia de una anatomía*. Hiperión, 2010.  
 —. *Espejito, espejito*. Ayuntamiento San Sebastián de los Reyes, 1995.  
 Grande, Félix. *Libro de familia*. Visor, 2011.  
 Miró, Emilio. “Mester de vida.” *Poesía en el Campus*, 52, 2004, 8-14.  
 Oliván, Lorenzo. “Palabras verdaderas.” *Poesía en el Campus*, 2004, 5-7.